

licenciada!, ¡qué asco! La sabiduría es para los hombres, la sal para las mujeres.»

Diciendo esto, parecíame algo desenojada.

«Siga usted, siga usted — me dijo, elogian- do á su ahijada —. Es de las que destetaron con vinagre... Si la veo entrar en mi casa, creo que de un repelón...»

— No será usted tan fiera... La admitirá usted, y al poco tiempo la querrá muchísimo.

— ¿De veras...? — exclamó con dejo chules- co —. Voy viendo que el señor catedrático no ha inventado la pólvora y es primo hermano del que asó la manteca.

— Qué le hemos de hacer... Por de pronto me hará usted el favor de mandar á su criada que me planche dos camisas. Petra está mala...

— ¡Ay!, sí, señor — respondió con oficiosa solicitud, levantándose.

— Otro favorcito... Aquí tengo mi americana, á la cual le faltan botones...

— Sí, sí, sí, venga.»

Empezó á dar vueltas por la habitación como buscando quehaceres.

«Más favorcitos. Aquí tengo unas camisas que no recibirían mal un cuello nuevo.

— ¡Ya lo creo!, venga.

— Y aquí me tiene usted hoy, sin saber lo que hé de comer...

— ¡Virgen, no faltaba más! Baje usted..., ó le mandaré lo que guste...

— Bajaré... Hoy no me vendría mal que subiera una chica y arreglara un poco esto... La pobre Petra...

— Subiré yo misma. ¿Qué más?

— Que es preciso dar la licencia á Manuel.»

La risa, la complacencia, su deseo anhelante

de servirme luchaban con su inexplicable orgu- llo; pero me hacía gracia oírle decir entre risue- ña y enojada :

«No me da la gana... ¡Pues me gusta...!»

— Vaya, que sí lo hará usted.

— Me llevo esto.»

Recogía mi ropa con diligencia y la exami- naba con ojos de mujer hacendosa.

«Subiré en seguida... Traeré una de las chicas para que me ayude. ¡Virgen, cómo está esta casa! Pero verá usted, verá usted qué pronto la pone- mos como el lucero del alba.»

Y desde la puerta me miró de un modo par- ticular.

«Aquello..., aquello — le grité.

— Que no me da la gana... Usted tiene ganas de oírme. El buen señor es pesadito...»

## XLVI

¿Se casaron?

¡Pues ya lo creo! ¿No habían de casarse, si esto era la solución lógica y necesaria? Conciencia y naturaleza lo pedían con diversos gritos. Yo tuve empeño particular en conseguirlo. Agra- decida á mí debía vivir la tórtola profesora toda su vida, pues sin el pronto auxilio del buenazo de Manso, es seguro que no hubiera podido rea- lizarse el salvamento que se deseaba. Porque indudablemente Manuel Peña estaba indeciso aquella noche que le amonesté, y si era pode- rosa su pasión, también lo eran sus perplejida- des, sus preocupaciones y la influencia que so- bre él tenían amigos casquivanos y su amante

mamá. Así, tengo el orgullo de haber resuelto, en sentido del bien y con sólo cuatro palabras apuntadas al corazón, aquel difícil pleito. No me gusta elogiarme, y sigo mi narración... Pero como no quiero atropellar los acontecimientos, retrocedo un poco para decir que no habían pasado veinte minutos desde que partió mi vecina diciéndome aquello de *pesadito*, etc., cuando sonó la campanilla.

*Una criada.*—«La señora, que baje usted á ver unos muebles.

— Bueno, allá voy, que me estoy vistiendo.»

Al poco rato, tilín...

«La señora, que haga usted el favor de bajar á ver unas cortinas.»

Era que la de Peña, ocupada en hacer compras para arreglar su nueva casa, no se decidía en la elección de cosa alguna sin previa consulta conmigo. Yo era para ella el resumen de toda la humana sabiduría en cuanto Dios crió y dejó de criar. Mayormente en cuestiones de gusto, mis caprichos eran leyes.

Bajé. Toda la sala estaba llena de muebles de lujo, comprados en famosas tiendas, y un francés tapicero presentaba muestras de cortinajes, portieres y telas diversas.

«¿Qué le parece, señor de Manso? A ver, decida usted... Estas sillotas, ¿no son demasiado grandes? Esto para el Papa será bueno. ¿Qué cosas inventan! ¿Pues y estas otras que parecen de alambre? Si me siento en ellas, ¡adiós mi dinero!... Y todo desigual; cada pieza es de diferente forma y color. A mí me gustan cosas que hagan juego... Estas cortinas, señor de Manso, parecen de tela de casullas; pero la moda lo manda...»

Sobre todo di mi opinión, y la señora, muy

complacida, renunció á comprar algunos objetos de dudoso gusto, á los cuales puse mi veto.

«Si quisiera usted darse una vuelta por la nueva casa, amigo D. Máximo... — me dijo más tarde —. Porque yo no sé lo que harán los pintores si no hay una persona de gusto que les diga... pues... Yo mandé que en el comedor me pintaran muchas liebres, codornices muertas y algún ciervo difunto. No sé lo que harán. Dicen que ahora se adornan los comedores con platos pegados en el techo. Antes los platos se usaban para comer. No entiendo estas modas nuevas. Usted me aconsejará. Lo mejor es que se plante usted en la casa y lo dirija todo á su gusto... Eso; resuelva á su antojo, y quite y ponga lo que le parezca... Me figuro que en los salones será moda también colgar las sillas del techo... y poner las arañas en el suelo... Mire usted, señor de Manso, se me ocurre una cosa. Esta tarde no tiene usted nada que hacer. ¿Vámonos á la casa nueva? Ahora me van á traer el coche que he comprado. Lo estreno hoy, lo estrenaremos; usted me dirá si es de buen gusto, si tiene los muelles blanditos y si los caballos son guapetones... Verá usted qué casa, aunque aquello está todo revuelto y lleno de yeso y basura. Virgen, ¡qué calma la de esos pintores y estuquistas! Ya ve usted: aquí he tenido que meter todos los muebles, y está la sala tan atestada, que no se puede dar un paso en ella. ¿Conque vamos allá?»

A todo accedí. La señora fué á vestirse. Al poco rato me mandó llamar para que viese una bata que le probaba la modista.

«Me parece muy bien, señora. Le cae á usted que ni...»

— Que ni pintada. Eso ya lo sabía yo... A mí

todo me cae bien. ¿No es verdad, Mansito? Todavía doy yo quince y raya á más de cuatro farolonas que van por ahí.»

Y al quitarse la bata probada, quedó la señora un poco menos vestida de lo que es uso y costumbre, sobre todo delante de caballeros extraños.

«¡Eh!, no se vaya usted, hombre; confianza, confianza. Ya saben todos que no soy gazmoña. ¿Qué se me ve? Nada. Ya estaba usted enterado de que por mis barrios...»

Al decir *por mis barrios*, se pasaba suavemente las manos por los hermosos, blancos y redondos hombros. Y continuó la frase así:

«... no se usan almacenes de huesos... Eso se deja para ciertas sílfides que yo me sé... ¡Qué alones! En fin, no quiero enfadarme.»

Vistióse prontamente.

«Lo que es sombrero — me dijo mirándome como si se mirara al espejo —, no pienso ponerme. Mi cara no pide teja... ¿no es verdad?... Venga la mantilla, Andrea... Date prisa, mujer, que está el señor catedrático esperando.»

Decidido á complacerla, la acompañé, estrenando coche y dándonos mucho tono por aquellas calles de Dios. Yo me reía y ella también. Por el camino, la conversación ofrecióme oportunidad para decirle algo de la famosa licencia, y al oírme se enfadó, aunque no tanto como antes, alzando demasiado la voz.

«Vamos, que me está usted buscando el genio... Pues le tengo fuertecito. Si vuelvo á oír hablar de la maestra... ¿A que mando parar el coche y le pongo á usted en medio del arroyo?...»

En la casa vi horrores. Había puertas pintadas de azul, techos por donde corrían ciervos,

angelitos dorados en los zócalos, vidrios de colores por todas partes, papeles de follaje verde con cenefa de amaranto, bellotas de plata en las jambas, rosetones con ninfas tísicas ó hidrópicas, cisnes nadando en sulfato de hierro, y otras mil herejías. Para la extirpación general de ellas habría sido preciso un gran auto de fe. Era tarde ya, y sólo pude disponer algo que remendara y corrigiera el daño, pero sin dejar de hacer á mi vecina cumplidos elogios del decorado de su suntuosa vivienda.

También estuvimos á ver la que me destinaba, que me pareció muy bonita. Doña Javiara hizo la distribución previa, anticipándose á mis gustos y deseos.

«Aquí el despacho; la librería en este testero; allí la cama del señor de Manso, bien resguardada del aire y lejos del ruido de la escalera; acá el lavabo. Voy á ponerle tubería con grifo para más comodidad... Asomémonos. Estas sí que son vistas. Cuando usted sienta la cabeza pesada de tanto estudiar, se asoma al mirador y se traga con los ojos todo el Retiro. Desde aquí puede mi señor catedrático hacerle el amor á la ermita de los Angeles que se ve allá lejos, y discutirá á bramidos con el león del Retiro.»

En verdad, yo estaba profundamente agradecido á mi cariñosa y providente vecina. No pude menos de manifestárselo así... Pero en cuanto tocaba, aunque de soslayo, la temida cuestión, ya estaba la señora hecha un basilisco. No obstante, al día siguiente encontréla más amansada. Ya no decía *la maestra de escuela*, sino *esa pobre joven*... Por la tarde, cuando la señora y sus criadas estaban arreglando mi cuarto, volví á la carga; y me dijo sin irritarse:

«Es usted más sobón... ¡Lo que usted no consiga con su machaca, machaca, no lo consigue nadie... Pero no, no me dejen engatusar... No hablemos más de ello. Si sigue usted me vuelvo...»

— Pero, señora...

— Callarse la boca. Si me enfado, cojo el zorro... y por la puerta se va á la calle.»

Me amenazaba con echarme de mi propia casa. Y parecía que había tomado posesión de ella, mirándola como suya, y disponiendo de todo á su antojo. No podía quejarme, porque con pretexto de la enfermedad de Petra, que estaba medio baldada, doña Javiera y sus criados habían puesto mi casa como el oro. Nunca había visto en derredor mío tanto arreglo y limpieza. Daba gusto ver mi ropa y mis modestos ajuares. En varias partes de la casa, sobre la chimenea y en mi lavabo, sorprendí algunos objetos de lujo y de utilidad que no me pertenecían. La señora de Peña los había subido de su casa, obsequiándome discretamente con ellos.

A medida que su amabilidad me proporcionaba nuevas ocasiones de complacerla, disminuían sus *voladuras* con motivo de la licencia, y al fin tuve tal maña para agradarla y complacerla, ora dándole dictamen sobre sus aprestos de lujo, ora dejándome cuidar y atender, que una tarde me dijo :

«Para no oírle más, Mansito..., que se casen... Lo que usted no consiga de mí... Tiene usted la sombra de Dios para proteger niñas.»

## XLVII

No me dejaba á sol ni sombra.

Bendiciones mil á mi cariñosa vecina, que sin duda se había propuesto hacerme agradable la vida y reconciliarme con lo humano. ¡Ley de las compensaciones, te desconocerán los que arrastran una vida árida en las estepas del estudio; pero los que una vez entraron en las frescas vegas de la realidad...! Abajo las metafísicas, y sigamos.

Fatigadillo estaba yo una mañana, cuando... tilín. Era Ruperto, que me pareció más negro que la misma usura.

«Mi ama que vaya luego...

— Ya me cayó que hacer. ¿Qué ocurre? Voy al instante.»

Hallé á Lica muy alarmada porque en el largo espacio de tres días no había ido yo á su casa. En verdad era caso extraño; me disculpé con mis quehaceres, y ella me puso de ingrato y descastado que no había por donde cogerme.

«Pues verás para lo que te he llamado, chinilito. Es preciso que acompañes á D. Pedro...

— ¿Y quién es D. Pedro?

— ¡Ay qué fresco! Es el padre de Robustiana, ese señor tan bueno... Es preciso que le busques papeleta para ver la Historia Natural.

— ¡Qué más Historia Natural que él y toda su familia!

— No seas sencillo. Es un buen sujeto. Acompañale á ver Madrid, pues el buen señor no ha visto nada. A uno de los chicos hay que colocarlo...

— A todos los colocaremos... en medio de la calle.

— ¡Chinchoso! El ama es muy buena. Máximo, buena mano tuviste... ¡Si no hay otro como tú!...

— ¿Y José María?

— ¿Ese? Otra vez en lo mismo. Ya no se le ve por aquí. Parece que lo del marquesado está ya hecho.

— Saludo á la *señá* marquesa.

— A mí... esas cosas...»

No obstante su modestia y bondad, lo de la corona le gustaba. La Humanidad es como la han hecho, ó como se ha hecho ella misma. No hay nada que la tuerza.

«Yo quiero mi tranquilidad — añadió —. José María está cada vez más *relambido*...; pero con unas ausencias, chinito... Ya se acabó lo de la Comisión de melazas, y ahora entra lo de la Comisión de mascabados.»

A poco vimos aparecer á mi hermano, y lo primero que me dijo, de muy mal talante, fué esto:

«Mira, Máximo, tú que has traído aquí esa tribu salvaje, á ver cómo nos libras de ella. Esto es la langosta, la filoxera; no sé ya qué hacer. Me vuelven loco. También tú tienes unas cosas... El uno pide papeletas, y me va á buscar al Congreso; la otra pide destinos para sus dos lobatos... En fin, encárgate tú, que los trajiste, de sacudir de aquí esta plaga.

— Los pobres — murmuró Lica —, son tan buenos...

— Pues ponerlos en la calle — indiqué yo.

— ¡No, no, que se le retira la leche! — exclamó con espanto Manuela —. Habla bajo, por Dios... Pueden oír...»

Hablando bajito, quise dar una noticia de sensación, y anuncié la boda de Manuel Peña. Manuela se persignó diferentes veces. Mi hermano, atrozmente inmutado, no dijo más que:

«Ya lo sabía.»

Disimulaba medianamente su ira tomando un periódico, dejándolo, encendiendo cigarrillos. Después, como al ir á su despacho tropezara en el pasillo con el célebre D. Pedro, que, sombrero en mano, le pedía no sé qué gollería, montó en súbita cólera, sin poder contenerse...

«Oiga usted, don espantajo, cree usted que estoy yo aquí para aguantar sus necedades? A la calle todo el mundo; váyase usted al momento de mi casa, y llévese toda su recua...»

¡Dios mío la que se armó! El titulado D. Pedro ó tío Pedro, pues sólo mi cuñada le daba el *don*, dijo que á él no le faltaba nadie; su digna esposa se atrevió á sostener que ella era tan señora como la señora; los chicos salieron escapados por la escalera abajo, y Robustiana empezó á llorar á lágrima viva. Muerta de miedo estaba Lica, que casi de rodillas me pidió que pusiera paz en aquella gente, y librara á mi ahijado de un nuevo y grandísimo peligro. En tanto, sentíamos á José María dando patadas en su cuarto, en compañía de Sáinz del Bardal, á quien llamaba idiota por no sé qué descuido en la redacción de una carta.

«Al fin se le hace justicia» — pensé, y no tuve más remedio que amansar á D. Pedro y á su mujer, diciéndoles mil cosas blandas y corteses, y llevándoles aquella misma tarde á ver la Historia Natural. A los chicos tuve que comprarles botas, sombreros, petacas y bollos. Lica hizo un buen regalo á la madre del ama. Yo llevé al

café por la noche al hotentote del papá; y por fin, al día siguiente, con obsequios y mercedes sinnúmero, buenas palabras y mi promesa formal de conseguir la cartería y estanco del pueblo para el hijo mayor, logramos empaquetarlos en el tren, pagándoles el viaje y dándoles opulenta merienda para el camino.

¡Cuándo acabarían mis dolorosos esfuerzos en pro de los demás!

«Esto es una cosa atroz — dije para mí, parodiando á doña Cándida —. Bienaventurado el que enciende una vela á la caridad y otra al egoísmo.»

## XLVIII

La boda se celebró.

Era un martes... Como me agrada poco hablar de esto, lo dejaré por ahora. Algo hay, anterior al acto de la boda, que no merece el olvido. Por ejemplo: doña Cándida, enterada de los proyectos de Manuel por éste mismo, vió los cielos abiertos, y en ellos un delicioso porvenir de parasitismo en casa de los Peñas. Con todo, no podía contravenir mi cínife la ley de su carácter, que exigía farsas extraordinarias en aquella ocasión culminante, y así había que verla y oirla el día en que fué á casa de Lica «á desahogar su pena, á buscar consuelos en el seno de la amistad...»

Porque la sola idea de que iba á vivir separada de la inocente criatura, la llenaba de congoja. ¿Qué sería de ella ya, á su edad, privada de la dulce compañía de su queridísima sobrina....

única persona que de los García Grande quedaba ya en el mundo? Pero el Señor sabía lo que se hacía al quitarle aquel gusto, aquel apoyo moral... Nacemos para padecer, y padeciendo morimos... Por supuesto, ella sabía dominar su pena y aun atenuarla, considerando la buena suerte de la chica. ¡Oh!, sí, lo principal era que la Irene se casara bien, aunque su tía se muriera de dolor al perder su compañía... ¡Y que no lloraría poco la pobre niña al separarse de ella para irse á vivir con un hombre!... Era tan tímida, tan apocadita... Una cosa no le gustaba á mi cínife, y era el origen poco hidalgo de Peña. Reconocía las buenas prendas de Manuel, su talento, su brillante porvenir; pero, ¡ay!, la carne, la carne... Irene se casaba con uno de los tres enemigos del-alma. No se puede una acostumar á ciertas cosas, por más que hablen de las luces del siglo, de la igualdad y de la aristocracia del talento... En fin, era una cosa atroz, y la señora, que por bondad y tolerancia trataría á Manuel como á un hijo, estaba resuelta á no tragar á doña Javiera, porque realmente hay cosas que están por encima de las fuerzas humanas... Ella transigía con el chico; pero con la mamá..., ¡imposible! ¡Si al menos no fuera tan ordinaria...! ¡Quia!, no podía, no podía vencer Calígula sus escrúpulos..., ó si se quiere, dígame preocupaciones. Tenía los nervios muy delicados, la sensibilidad muy exquisita para poder sufrir el roce con ciertas personas... No, cada uno en su casa y Dios en la de todos...

Por lo demás, excusado es decir que todo cuanto la señora de García Grande tenía era para su sobrina. Hasta las preciosidades y objetos raros y artísticos, que conservaba como re-

cuerdo de la familia, pensaba cedérselos... ¿Para qué quería ella nada ya?... Maravillas tenía aún en sus cofres, que harían gran papel en la casa de los jóvenes esposos... Y el sobrante de sus rentas... también para ellos. ¡Válganos Dios!, su sobrina necesitaría de ella más que ella de su sobrina, y ocasión había de llegar en que la señora sacara á Irene de algunos apuritos.

Oyendo esto Lica se puso triste, y la niña Chucha se secó una lágrima. Quedóse á almorzar doña Cándida, y desde aquel día reanudó la serie de sus visitas diarias á la casa, entrando en una era de parasitismo, que no acabará ya sino con la funesta existencia de aquel monstruo de los enredos y cocodrilo de las bolsas.

Yo me había propuesto no ver más á Irene, porque no viéndola estaba más tranquilo; pero un día se empeñó Manuel en llevarme allá, y no pude evitarlo. La que fué maestra de niños y después lo había sido mía en ciertas cosas, se alegró mucho de verme, y no lo disimulaba. Pero su gozo era del orden de los sentimientos fraternales, y no podía ser sospechoso al joven Peñita, que, á su modo, también participaba de él. Hablamos largo rato de diversas cosas: ella me mostraba la variedad y extensión de sus imperfecciones, encendiendo más en mí, al apreciar cada defecto, el vivo desconsuelo que llenaba mi alma... Habló de mil tonterías graciosas, y cada una de éstas era como afilada saeta que me traspasaba. Su frívolo gozo recaía gota á gota sobre mi corazón como ponzoña...

Un gran escozor sentía yo en mí desde el famoso descubrimiento; sospechaba y temía que Irene, dotada indudablemente de mucha perspicacia, conociese el apasionamiento y desvarío

que tuve por ella en secreto, con lo cual y con mi desaire, recibido en la sombra, debía estar yo á sus ojos en la situación más ridícula del mundo. Esto me acongojaba, me ponía nervioso. A ratos me decía:

«¿Qué haré yo para quitarle de la cabeza esa idea? Y de que tiene tal idea no me queda duda... Es más lista que Cardona, y sabe más que todos los tragadores de bibliotecas que existimos en el mundo. Imposible, imposible que dejara de comprender mi... Y si lo comprendió, ¿cómo se reirá del pobre Manso, cómo se reirán los dos en la intimidad de sus soledades deliciosas! Si me fuese posible arrancarle ese pensamiento, ó al menos sembrar en su mente otros que, al crecer, lo ahogaran y comprimieran.»

Y ella, cuando hablaba conmigo, bondadosa hasta no más, me miraba con ojos que á mí me parecían llegar hasta lo más lejano y escondido de mi ser. Luego tenían sus labios una sonrisita irónica que confirmaba mi temor y me inquietaba más. Cuando me miraba de aquel modo, yo creía oírla hablar así en su interior:

«Te leo, Manso; te leo como si fueras un libro escrito en la más clara de las lenguas. Y así como te leo ahora, te leí cuando me hacías el amor á estilo filosófico, pobre hombre...»

Pensar esto, y sentir que subía toda la sangre á mi cerebro, era todo uno. Buscaba coyuntura de destruir, aunque fuera con sofismas, la tremenda idea de mi amiga, y al fin... No sé cómo vino rodando la conversación. Creo que Peñita dijo que yo debía casarme. Ella lo apoyó. Vi el único cabello de una feliz ocasión; me agarré á él.

«¡Casarme yo!... No he pensado nunca en tal

cosa... Los que nos consagramos al estudio vamos adquiriendo desde la niñez el endurecimiento... Quiero decir, que nos encontramos curas sin sospecharlo... La rutina del celibato acaba por crear un estado permanente de indiferencia hacia todo lo que no sea los goces calmosos de la amistad.»

Poco seguro de la idea, yo no podía encontrar bien tampoco las frases.

«Porque... llegamos á no conocer otro sentimiento que el de la amistad... Es que el estudio toma para sí todas las fuerzas afectivas, y nos apasionamos de una teoría, de un problema... La mujer pasa á nuestro lado como un problema que pertenece á otro mundo, á otra rama del saber y que no nos interesa. He intentado á veces cambiar la constitución de mi espíritu, incitándole á beber en los manantiales de donde para otros afluyen tantas corrientes de vida, y no he podido conseguirlo... Ni quiero ni me hace falta. Me considero en la falange del sacerdocio eterno y humano. También el celibato es humano, y ha servido en todos los siglos para demostrar la excelencia del espíritu.»

¿Conseguí algo con estas paparruchas? Buscando mayor efecto, hablé con Irene del tiempo en que ella daba lecciones á mis sobrinitas y del cariño paternal que me había inspirado. Ya se ve..., la semejanza de nuestras profesiones, el compañerismo... Nada, nada, no pasaba.

Yo la veía mirarme, y podía jurar que decía para sí:

«No cuela, Mansito; no cuela. Conste que perdiste la chaveta como el último de los estudiantes, y ahora, ni con toda la filosofía del mundo me has de hacer creer otra cosa. Las maes-

tras de escuela sabemos más que los metafísicos, y éstos no engañan ya á nadie más que á sí mismos.»

## XLIX

Aquel día me puse malo.

¡Qué casualidad!... Me refiero al día de la boda. Yo no quise ir... Convengamos en que me entró un fuerte pasmo que me retuvo en cama. Llovía mucho. Del cielo caía una tristeza gris en hilos fríos que susurraban azotando el suelo. Por doña Javiera, que subió á verme, cuando concluyó todo, supe que no había ocurrido nada de particular, más que la obligada ceremonia, los latines, la curiosidad de los concurrentes, el almuerzo en la casa nueva y la partida de los dichosos para no sé dónde... Creo que para Biarritz, ó para Burgos, ó Burdeos. Ello era cosa que empezaba con B. La paradita no hace al caso. Me levanté en seguida, completamente restablecido, con asombro de doña Javiera, que me notificó su resolución de vivir desde el siguiente día en la nueva casa. Hablamos de Irene, y mi vecina me confesó que empezaba á serle agradable, que yo tenía quizás razón al elogiarla, y que, si su hijo era feliz, poco le importaba lo demás. Contóme que á Manolo le miraban todas las chicas con envidia... ¡Vanidad materna que no hacía daño á nadie! Después de almorzar se habían ido los dos solos á la estación, en su coche, tan bien agasajaditos, entre pieles...! ¡Manolo estaba tan guapo...! Valía infinitamente más que ella. *Manolo daba la hora.* La pícara maestra debía tener

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1925 MONTERREY, MEX.



más talento que Merlín, porque había sabido pescar al muchacho más bonito y de más mérito de todas las Españas.

¡Virgen, y cuánto lloró doña Cándida!... Mi hermano José también había cogido un pasmo aquel día y no pudo ir. Estaba la *señá* marquesa, Lica por otro nombre, con su mamá y hermana, y además otras muchas personas notables. Lo de la notabilidad no se me alcanzaba, y así lo manifesté con mal humor á mi vecina. Ella insistió en designar como eminencias á todos los concurrentes; discutimos, y yo concluí diciéndole:

«¿Apostamos á que estaba también el negro Ruperto?

— Y bien guapo; parecía una persona servida en tinta de calamares... Eso; búrlese usted...; ya verá D. Máximo ir gente grande á mi casa, cuando Manolo empiece á figurar, y demos *tées*... Será aquello un pueblo...»

No recuerdo cuánto más charló su expedita, incansable lengua. Para consolarse de su soledad, empezó á disponer la mudanza desde aquel día. Aprovechando dos que estuve de expedición en Toledo con varios amigos, la misma doña Javiera hizo la mudanza de todos mis muebles, libros y demás enseres, con tanta diligencia y esmero, que al volver encontré realizada la instalación y ocupé sin molestia de ningún género mi nueva vivienda. En realidad, yo no tenía con qué pagar tantos beneficios y aquella creciente adhesión, que parecía salirse ya de los comunes términos de la amistad. Y como, por desgracia, mi antigua sirvienta seguía paralizada de una pierna y de la otra no muy sana, mi casa continuaba en manos de la señora de Peña, que á

todo atendía con extremada solicitud, dando motivo á murmuraciones de maliciosos amigos y vecinos. Yo me reía de estas picardihuelas, y un día hablé francamente de ellas.

«Déjeles usted que hablen — me dijo con menos desparpajo del que solía tener, antes bien algo turbada —. Riámonos del mundo. A usted no le hacen los honores que merece, ni le aprecian en lo que vale... Pues á mí me da la gana de hacerlo y de traer á mi señor don Máximo á qué quieres boca. Es justicia, nada más que justicia, y estoy por decir que es indemnización...; ¿se dice así? Estas palabras finas me ponen siempre en cuidado por temor de soltar una barbaridad...»

Lo que mi vecina me dijo me afectó mucho, hizome pensar y sentir, y ha quedado por siempre grabado en mi memoria. ¿Provenía su afecto de esa admiración secreta, inexplicable, que suele despertar en la gente ordinaria el hombre dedicado al estudio? He visto raros y notabilísimos ejemplos de esto. Doña Javiera había puesto en circulación un extraño apotegma: *La sabiduría es la sal de los hombres*. Cualquiera que fuese el sentido de tal dicharacho, yo atribuía los obsequios de la vecina á su temperamento un tanto acalorado, á su sensibilidad caprichosa, que tomaba vigor de la renovación de los afectos. Por eso me decía yo: «Le pasará esto, y llegará día en que no se acuerde de mí.» Pero no pasaba, no; por el contrario, la veía yo buscando la intimidad, y apropiándose cada vez mayor parte de todo lo mío, principalmente en los órdenes moral y doméstico, que son la llave de la familiaridad. Y acostumbrado á su blanda compañía, á su diligente cooperación en todo lo más im-

portante de mi vida, llegué á considerar que si me faltaba la amistad fervorosa de mi vecina, había de echarla muy de menos. Por eso, insensiblemente arrastrado, me dejaba llevar por la pendiente, sin ocuparme de calcular adónde llegaría.

No quiero dejar de contar ahora el regreso de Manuel y su esposa, después de haberse divertido de lo lindo en su excursión de amor. Según me dijo doña Javiera, no se les podía aguantar de empalagosos y amartelados. Tanto se habían hartado de la famosa miel. En conciencia yo deseaba que les durara aquel dulce estado todo lo más posible. Irene me pareció más guapa, más gruesa, de buen color y excelente salud. Doña Javiera, que todo lo confiaba, me dijo un día:

«Parece que hay nietos por la costa. En cuanto yo vea que los menudea, pongo casa aparte. No quiero hospicios en la mía.»

Irene me trataba siempre con la consideración más fina. Aunque nada debía sorprenderme, yo me admiraba de verla tan conforme al tipo de la muchedumbre, de verla cada vez más distinta, ¡Dios mío!, del ideal... ¿Pues no se dió á organizar, con otras señoras, rifas benéficas y funciones y veladas para sacar dinero, y emplearlo en hospitalitos que no se acaban nunca? También la vi presidiendo una junta de señoras postulantes, y su marido me dijo que le gastaba algún dinero en novenas y festejos eclesiásticos. Para que nada faltase, un domingo por la tarde la vi graciosamente ataviada de negra mantilla, peina y claveles. Iba á los toros, y preguntándole yo si se divertía en esa fiesta salvaje, me contestó que le había tomado afición y que, si

no fuera por el triste espectáculo de los caballos heridos, se entusiasmaría en la plaza como en ninguna parte...

Sentencia final: era como todas. Los tiempos, la raza, el ambiente no se desmentían en ella. Como si lo viera...: desde que se casó no había vuelto á coger un libro.

Pero hagámosle justicia. En su casa desplegaba la que fué maestra cualidades eminentes. No sólo había introducido en la mansión de los Peñas un gusto desconocido, teniendo que sostener más de una controversia con su suegra, sino que también supo mostrarse altamente dotada como señora de gobierno. Con esto y su tacto exquisito, unas veces cediendo, otras resistiendo, supo conquistar poco á poco el afecto de su mamá política. Tenía, sin género de duda, grandes dotes de manejo social y arte maravilloso de tratar á las personas. Manuel empezó á recibir en su salón, por las noches, á varias personas de viso y á otras que aspiraban á tenerlo.

Cómo trataba Irene á los distintos personajes; cómo atraía á los de importancia; cómo embaucaaba á los necios; cómo sacaba partido de todo en provecho de su marido, era cosa que maravillaba. Yo veía esto con pasmo, y doña Javiera estaba asustada.

«Es de la piel del diablo — me dijo un día —; sabe más que usted.»

¡Verdad más grande que un templo y que todos los templos del mundo! Lo más gracioso es que doña Javiera, que siempre había dominado á cuantos con ella vivían, fué poco á poco dominada por su nuera... Casi casi le tenía cierto respeto parecido al miedo. A solas, la señora

y yo hablábamos de las recepciones de Irene, y nos hacíamos cruces.

«Esta nació para hacer gran papel.

— Buena adquisición la de Manolito; ¿no lo dije?

— Como siga así y no se tuerza...

— ¡Oh, si ella es buena, es un ángel!...

Y á veces nos consolábamos mutuamente con tímidas murmuraciones.

«Veremos lo que dura. No me gustan tantos tes, tanto recibir, tanto exhibirse.

— Pues ni á mí tampoco... Quiera Dios...

— Se ven unas cosas...»

¡Execrable ligereza la nuestra! Ella y él se amaban tiernamente. El amor, la juventud, la atmósfera social cargada de apetitos, lisonjas y vanidades criaban en aquellas almas felices la ambición, desarrollándola conforme al uso moderno de este pecado, es decir, con las limitaciones de la moral casera y de las conveniencias. Esto era natural como la salida del sol, y yo haría muy bien en guardar para otra ocasión mis refunfuños profesionales, porque ni venían al caso ni hubieran producido más resultado que hacerme pasar por impertinente y pedante. Las purezas y refinamientos de moral caen en la vida de toda esta gente con una impropiedad cómica. Y no digo nada tratándose de la vida política, en la cual entró Manuel con pie derecho desde que recibió de sus electores el acta de diputado. Mi discípulo, con gran beneplácito de sus enemigos y secreto entusiasmo de su esposa, entraba en una esfera en la cual el devoto del bien, ó se hace inmune cubriéndose con máscara hipócrita, ó cae redondo al suelo, muerto de asfixia.

## L

¡Que vivan, que gocen! Yo me voy.

Para ellos vida, juventud, riquezas, contento, amigos, aplausos, goces, delirio, éxito...; para mí vejez prematura, monotonía, tristeza, soledad, indiferencia, tormento y olvido. Cada día me alejaba más de aquel centro de alegrías, que para mí era como ambiente impropio de mi espíritu enfermo. Me ahogaba en él. Además de esto, cada vez que veía delante de mí á la joven señora de Peña, mujer de mi discípulo, aunque no discípula, sino más bien maestra mía, me entraba tal congoja y abatimiento que no podía vivir. Y si por acaso la conversación me hacía encontrar en ella un nuevo defectillo, el descubrimiento era combustible añadido á mi llama interior. Cuanto menos perfecta más humana, y cuanto más humana más divinizada por mi loco espíritu, al cual había desquiciado para siempre de sus fijos polos aquel fanatismo idolátrico, bárbara adoración hacia un fetiche con alma. Todos los días buscaba mil pretextos para no bajar á comer, para no asistir á las reuniones, para no acompañarles á paseo, porque verla y sentirme cambiado y lleno de tonterías y debilidades era una misma cosa. El influjo de estos trastornos llegó á formar en mí una nueva modalidad. Yo no era yo, ó por lo menos, yo no me parecía á mí mismo. Era á ratos sombra desfigurada del señor Manso, como las que hace el sol á la caída de la tarde, estirando los cuerpos cual se estira una cuerda de goma.

« ¿Pero qué tiene usted? — me dijo un día doña Javiera.

— Nada, señora; yo no tengo nada. Por eso precisamente me voy. Entre dos vacíos, prefiero el otro.

— Se queda usted como una vela.

— Esto quiere decir que ha llegado la hora de mi desaparición de entre los vivos. He dado mi fruto y estoy demás. Todo lo que ha cumplido su ley, desaparece.

— Pues el fruto de usted no lo veo, amigo Manso.

— Es posible. Lo que se ve, señora doña Javiera, es la parte menos importante de lo que existe. Invisible es todo lo grande, toda ley, toda causa, todo elemento activo. Nuestros ojos, ¿qué son más que microscopios?

— ¿Quiere usted que llame á un médico? — me dijo la señora muy alarmada.

— Es como si cuando una flor se deshoja y se pudre llamara usted al jardinero. Coja usted unas tijeras y córteme. Ya la luz, el agua, el aire, no rezan conmigo. Pertenezco á los insectos.

— Vaya usted á tomar baños.

— De eternidad los tomaré pronto.

— Nada, nada; yo llamo á un médico.

— No es preciso; ya siento los efectos del gran narcótico; voy á tomar postura...»

Doña Javiera se echó á llorar. ¡Me quería tanto! Aquel mismo día vino Miquis acompañado de un célebre alienista, que me hizo varias preguntas á que no contesté. Cuando les vi salir, me reí tanto, que doña Javiera se asustó más y me manifestó de un modo franco el vivísimo afecto con que me honraba. Yo la oía cual si oyera mi elogio fúnebre pronunciado en lo

alto de un púlpito y enfrente de mi catafalco... Y tal era mi anhelo de descanso, que no me levanté más. Prodigóme sin tasa mi vecina los cuidados más tiernos, y una mañana, solitos los dos, rodeados de gran silencio, ella aterrada, yo sereno, me morí como un pájaro.

El mismo perverso amigo que me había llevado al mundo sacóme de él, repitiendo el conjuro de marras y las hechicerías diabólicas de la redoma, la gota de tinta y el papel quemado, que habían precedido á mi encarnación.

«Hombre de Dios — le dije —, ¿quiere usted acabar de una vez conmigo y recoger esta carne mortal en que para divertirse me ha metido? ¡Cosa más sin gracia...!»

Al deslizarme de entre sus dedos, envuelto en llamarada roja, el sosiego me dió á entender que había dejado de ser hombre.

Los alaridos de pena que dió mi amiga al ver que yo había partido para siempre, despertaron á todos los de la casa; subieron algunos vecinos, entre ellos Manuel, y todos convinieron en que era una lástima que yo hubiese dejado de figurar entre los vivos... Y tan bien me iba en mi nuevo ser, que tuve más lástima de ellos que ellos de mí, y hasta me reí viéndoles tan afanados por mi ausencia. ¡Pobre gente! Me lloraban familia y amigos, y algunos de éstos fueron á las redacciones de los periódicos á dedicarme *sentidas frases*. En cuanto lo supo Sáinz del Bardal, agarró la pluma y me enjaretó, ¡ay!, una elegía, con la cual yo y mis colegas de Limbo nos hemos divertido mucho. Aquí llegan todas estas cosas y se aprecian en su verdadero valor.

A mi hermano, Lica, Mercedes, doña Jesusa y Ruperto les duró la afición que sé yo cuán-

tos días. Manuel se puso tan amarillo, que parecía estar malo; Irene derramó algunas lágrimas y estuvo dos semanas como asustada, creyendo que asomar me veía por las puertas, levantar las cortinas y pasar como sombra por todos los sitios oscuros de la casa. Ni que la mataran, entraba de noche sola en su cuarto. ¡También supersticiosa!

Pero todos se fueron consolando. Quien se quedó la última fué mi doña Javiera del alma, tan buena, tan llanota, tan espontánea. Según datos que han llegado á mi noticia, más de una vez fué á visitar el sitio donde está enterrado el que fué mi cuerpo, con una piedra encima y un rótulo que decía que yo había sido muy sabio.

De doña Cándida sé que oyó algunos centenares de misas, y que siempre que entraba en casa de Peña, donde diariamente desempeñaba el papel de langosta en los feraces campos, me había de nombrar suspirando, para mantener vivo el recuerdo de mis virtudes. A mi noticia ha llegado, por no sé qué chismografía de serafines, que no se puede calcular el dinero que le han dado para misas por mi reposo, el cual dinero suma tanto, que si se aplicara por los demás, ya estaría vacío el Purgatorio. De las casas de mi hermano y de Peña saca la señora con estos giros de ultratumba mediana rentilla para ayudarse. No necesito decir que todos los que estamos aquí celebramos el fecundo ingenio de Calígula.

Y á medida que el tiempo pasa se van olvidando todos de mí, que es un gusto. Lo más particular es que de cuanto escribí y enseñé apenas quedan huellas, y es cosa de graciosísimo efecto en estas regiones el ver que mientras un devoto

amigo ó ferviente discípulo nos llama en plena sesión de cualquier academia el *inolvidable Manso*, si se va á indagar dónde está la memoria de nuestro saber, no se encuentra rastro ni sombra de ella. El olvido es completo y real, aunque el uso inconsiderado de las frases de molde dé ocasión á creer lo contrario. Diferentes veces he descendido á los cerebros (pues nos está concedida la preciosa facultad de visitar el pensamiento de los que viven), y metiéndome en las entendederas de muchos que fueron alumnos míos, he buscado en ellos mis ideas. Poco, y no de lo mejor, ha sido lo descubierto en estas inspecciones encefálicas, y para llegar á encontrar ese poco y malo, ha sido preciso levantar, con ayuda de otros espíritus entrometidos, los nuevos depósitos de ideas más originales, más recientes, traídas un día y otro por la lectura, el estudio ó la experiencia.

De conocimientos experimentales he hallado grandísima copia en Manuel Peña. Lo que yo le enseñé apenas se distingue bajo el espeso farrago de adquisiciones tan luminosas como prácticas, obtenidas en el Congreso y en los combates de la vida política, que es la vida de la acción pura y de la gimnástica volitiva. Manuel hace prodigios en el arte que podríamos llamar de mecánica civil, pues no hay otro que le aventaje en conocer y manejar fuerzas, en buscar hábiles resultantes, en vencer pesos, en combinar materiales, en dar saltos arriesgados y estupendos. También he dado una vuelta por el vasto interior de cierta persona, sin encontrar nada de particular, más que el desarrollo y madurez de lo que ya conocía. En cierta ocasión sorprendí una huella de pensamiento mío, de algo mío, no

sé lo que era, y me entró tal susto y congoja, que huí como alimaña sorprendida en inhabitados desvanes. Después vine á entender que era un simple recuerdo frío, mezclado de cálculo aritmético. Por el teléfono que tenemos me enteré de esta frase:

«No, tja, ya no más misas. Decididamente borro ese renglón.»

Rara vez hacía excursiones hacia la parte donde está el pensar de mi hermano José. No encontraba allí más que ideas vulgares, rutinarias y convencionales. Todo tenía el sello de adquisición fresca y pegadiza, pronta á desaparecer cuando llegara nueva remesa, producto insípido de la conversación ó lectura de la noche precedente. Como etiqueta de un frasco, estaba allí el lema de *Moralidad y economías*. José no pensaba más, ni sabía hablar de otra cosa.

Como si hubiera encontrado la piedra filosofal, se detiene aún en aquel punto supremo de la humana sabiduría. ¡Moralidad y economías! Con esta receta ha reunido en torno suyo un grupo de sonámbulos que le tienen por eminencia, y lo más gracioso es que entre el público que se ocupa de estas cosas sin entenderlas, ha ganado mi hermano simpatías ardientes y un prestigio que le encamina derecho al poder. ¿Será ministro? Me lo temo. Para llegar más pronto ha fundado un periodicozo, que le cuesta mucho dinero y que no tiene más lectores que los individuos del grupo sonambulesco. Sáinz del Bardal lo dirige y se lo escribe casi todo, con lo cual está dicho que es el tal diario de lo más enfadoso, pesado y amodorrante que puede concebirse. De los grandes atracones que ha tomado el miasmático poeta para cumplir su tarea,

contrajo una enfermedad que le puso en la frontera de estos espacios. Cuando lo supimos, se armó gran alboroto aquí y nos amotinamos todos los huéspedes, conjurándonos para impedirle la entrada por cuantos medios estuvieran en nuestro poder. Dios, bondadosísimo, dispuso alargarle la vida terrestre, con lo que se aplacó nuestra furia y los de por allá se alegraron. Propio de la omnipotente sabiduría es saber contentar á todos.

Un día que me quedé dormido en una nube, soñé que vivía y que estaba comiendo en casa de doña Cándida. ¡Aberración morbosa de mi espíritu, que aun no está libre de influencias terrestres! Desperté acongojadísimo, y hubo de pasar algún tiempo antes de recobrar el plácido reposo de esta bendita existencia, en la cual se adquiere lentamente, hasta llegar á poseerlo en absoluto, un desdén soberano hacia todas las acciones, pasos y afanes de los seres que todavía no han concluido el gran *plantón* del vivir terrestre, y hacen, con no poca molestia, la antesala del nuestro.

¡Dichoso estado y regiones dichosas estas en que puedo mirar á Irene, á mi hermano, á Peña, á doña Javiera, á Calígula, á Lica y demás desgraciadas figurillas, con el mismo desdén con que el hombre maduro ve los juguetes que le entretuvieron cuando era niño.

Madrid.—Enero-abril de 1882.

FIN DE LA NOVELA